



Vol. 7, No. 1, Fall 2009, 45-75

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Prehistorias argentinas: naturalistas en el Plata
Charles Darwin, Francisco Moreno, Florentino Ameghino,
Bruce Chatwin

Fermín Adrián Rodríguez
San Francisco State University

Depósito sedimentario de materiales geológicos, biológicos, sociales y lingüísticos cristalizados y organizados por la historia, el desierto argentino—las grandes llanuras del sur del continente denominadas “desierto” por su falta de habitantes y accidentes—ha sido, desde el siglo diecinueve, una especie de laboratorio histórico-discursivo que no ha dejado de producir enunciados con el poder de inscribirse directamente en la realidad. De un libro a otro, la serie de escrituras que confluyen sobre el desierto (libros de viaje, poemas, ensayos, mapas, planes de población, leyes, división de la tierra, sitios arqueológicos) se inscriben directamente sobre lo real, dejando a su paso un rastro de lecturas que puede reconstruirse.

Entre un naturalista imperial como Charles Darwin y científicos nacionales como Francisco P. Moreno y Florentino Ameghino; entre naturalistas de fines de siglo diecinueve y viajeros-coleccionistas de historias como Bruce Chatwin en el siglo veinte, hay una cadena de lecturas y escrituras que amplían los límites temporales y espaciales del género. De primera o segunda mano, viajeros científicos nacionales siguieron las líneas de representación e interpretación que, antes que ellos, naturalistas extranjeros como Charles Darwin, navegando por las rutas de la expansión imperial, habían trazado sobre las llanuras en blanco de territorios profusamente imaginados por la ciencia, el capital y el incipiente Estado-nación. Había que escribir la nación sobre el suelo, trazar sus límites, fundar sus presupuestos territoriales y dotarla de una profundidad temporal allí donde solo había desierto, objeto de la historia natural. Pero a partir de Darwin, la naturaleza deviene histórica: la vida evoluciona, la historia natural deviene bio-historia.¹ Hay que darle la palabra a la vida, porque el suelo, los estratos, los fósiles y los restos arqueológicos tienen prehistorias para contar.

Charles Darwin: la pampa de los ingleses

La primera observación de Charles Darwin ante la costa del Río de la Plata, hacia el año 1833, registra una decepción. De viaje alrededor del mundo como naturalista de a bordo del HMS Beagle, el joven Darwin contempla desde cubierta un paisaje que “ofrece poquísimo interés, pues apenas hay una casa, un trozo de tierra cercado ni un árbol que le imprima una nota de animación” (54). Al mando del capitán Fitz Roy, de la Marina Real Inglesa, la expedición del Beagle tenía como misión completar el cartografiado de las costas de Patagonia y Tierra del Fuego—costas, por cierto, de países extranjeros—, y “efectuar una serie de mediciones cronométricas alrededor del mundo” (*Diario* 11). Pero en la pampa, desde

¹ Foucault señala el giro histórico que Charles Darwin introduce en el estudio de la vida natural y la vida humana. “Se sabe que a partir de Darwin la vida evoluciona, que la evolución de las especies vivientes estaba hasta cierto punto determinada por accidentes que pueden ser de naturaleza histórica.” Ver Michel Foucault, “Crise de la médecine ou crise de l’antimédecine?” *Dits et Écrits II 1976-1988* (Paris: Gallimard, 2001), 48.

la cubierta del barco, no hay nada que valga la pena contar: el paisaje no cuenta.

“¿Por qué entonces”—se pregunta Darwin en la “Mirada retrospectiva”, donde recapitula su viaje alrededor del mundo—“estos áridos desiertos han echado tan profundas raíces en mi memoria?” (*Diario* 448) ¿Por qué estas escenas, “sin objetos que atraigan la atención, despiertan tan vívidamente un indefinido pero intenso sentimiento de placer”? ¿Qué es lo que atrae al consumidor de paisajes? Darwin se refiere a la pregnancia que tienen en su recuerdo las llanuras de la Patagonia que, estériles e inservibles y a diferencia de la pampa, “sólo pueden ser descritas por los caracteres negativos: sin viviendas, sin agua, sin árboles, son montañas, sin vegetación” (*Diario* 448) ¿Será, tal como conjetura Darwin, por “el libre campo dado a la imaginación”—una imaginación que proyecta sus sombras sobre la pantalla en blanco de la llanura? Uno puede vislumbrar, como una imagen espejeando más allá de la experiencia sensible, una intervención modernizadora que vuelve la pampa cultivable, habitable, productiva, pero el espacio patagónico es “estéril e inservible”, y no refleja ningún progreso ni parece alimentar fantasía de transformación alguna.

Respecto de la selva de Brasil y de lo que la geografía denominará pampa húmeda, la planicie patagónica es un mundo desolador, absolutamente desterritorializado, no humano, no sintetizable. Nada se mueve sobre ese orden mineral e inmóvil, salvo el discurso. ¿Hay, siquiera, paisaje? Darwin presenta la llanura como un fenómeno de espacio y de tiempo donde la imaginación, que “pone” sus síntesis—sus paisajes—al servicio de las operaciones del conocimiento, queda confrontada con su límite. El acto de imaginación del naturalista, que sostiene el despliegue del paisaje, vacila por una pasión que resquebraja la medida estética, algo que asciende desde el subsuelo de la representación: la experiencia de lo sublime—lo impensable tomando cuerpo en la llanura. En esos momentos, cuando la máquina discursiva del viaje se atasca frente a un campo de visibilidad no simbolizable según los parámetros de la ciencia, cuando las palabras de la historia natural están de más y la experiencia sensible se corre hacia lo “inefable”, se abre un vacío en el discurso en el que Darwin

hace resonar los versos de “Mont Blanc”, un poema de Percy B. Shelley. Blanco sobre blanco, transcribe Darwin: “Nadie puede decirlo..., todo parece ahora eterno/ El desierto tiene una lengua misteriosa,/que transmite terribles dudas” (206).

El límite es el lugar de la literatura—ese discurso por el que el lenguaje desborda los significados socialmente compartidos para enfrentarse con su propio límite. La poesía parece ser el lenguaje que avanza donde el resto de los discursos sociales se detienen. Se trata de un borde desde el que el viajero romántico se asoma a lo ilimitado y lo traduce como infinito—un territorio virgen abierto al progreso que, según una fantasía imperial muy corriente, nadie antes que el viajero europeo habría pisado ni nombrado. Desplegar un plano desierto—la superficie gris de la llanura, la pared blanca del Mont Blanc—es, antes que nada, delinear un horizonte: se trata de atraer el deseo por medio de una suerte de ilusión óptica, haciéndole creer que más allá del horizonte sensible, como si se tratara de un velo, habría algo que alcanzar—un punto metafísico, suprasensible, virtual, a pérdida de vista, fuera del alcance de los sentidos y de los poderes del cuerpo en general: la ilusión de una realidad oculta tras el horizonte.²

Lo sublime y más allá. Lo sublime como experiencia de la medida, como experiencia de los límites de la legibilidad del paisaje, divide sólo la subjetividad europea, porque los gauchos e indígenas que habitaban la llanura, capaces de leer “una historia entera” en un rastro imperceptible, no tenían los mismos límites: Darwin verifica que con provisiones suficientes, podrían llegar “hasta el fin del mundo” (*Diario* 126). Allí donde el cuerpo del naturalista viajero, como medida de la experiencia y soporte de la verdad del discurso, alcanza su límite, comienza el otro y el campo de una palabra ajena. Lo que Darwin cuenta no depende tanto de lo que ve y representa sino de las palabras ajenas que no deja de repetir. Y no sólo las palabras de otros naturalistas viajeros o de los poetas, sino lo que le cuentan sobre la marcha los gauchos que lo escoltan por la llanura—un

² Michel Collot traza la historia del término “horizonte”. Fue el romanticismo el que, más allá de lo sensible, identifica el horizonte con los poderes ilimitados del espíritu y los progresos de la razón. Ver Michel Collot, “De l’horizon du paysage à l’horizon des poètes”: 34-39.

murmullo anónimo y permanente de datos, distancias, nombres de cosas y de lugares, anécdotas, que hacen lugar, en el sentido de que dan a ver lo que para el extranjero sería de otro modo invisible e ilegible, por debajo de su umbral de reconocimiento y representación. Frases como “Mi guía me contó”, “La primera noticia recibida”, “Me ha sido dicho”, “Se dice”, “El gaucho que me refirió esto”, se mezclan con citas como la de Shelley o con lo ya leído en “tantos libros [que] se han escrito sobre estos países”—Félix de Azara, Humboldt, Head, D’Orbigny.

En general, los gauchos son para Darwin un dato más del paisaje y, por consiguiente, objeto de placer y contemplación estética: “El silencio fúnebre de la llanura, los perros vigilando, y el gigantesco grupo de los gauchos en torno al fuego, han dejado en mi ánimo una pintura indeleble” (88). En otra ocasión en la que cabalga junto con su escolta por la llanura, Darwin aprovecha una elevación del suelo para retirarse del grupo que acampa al pie de una loma y poder así “mirarlos a mi gusto desde arriba”. Elevándose por encima del nivel de la llanura, Darwin logra el ángulo “paisajístico” necesario para cerrar el cuadro y construir pictóricamente una escena “digna de Salvatore Rosa” que vuelve al otro visible y representable (*Diarios* 137-138).

El poblador de la llanura y el naturalista viajero cuentan ficciones espaciales divergentes, como si habitaran en planos de realidad diferentes. Inmersos en tramas espaciales tejidas con descripciones orales, narraciones y saberes espaciales locales, los campesinos y los gauchos con los que se cruza el naturalista le piden permanentemente que les muestre su brújula de bolsillo y les explique cómo con su ayuda y la de un mapa, un extranjero podía orientarse por caminos desconocidos. El fraseo fugitivo de los cuerpos que van y vienen por el orden local de la llanura, articulando temporalmente la experiencia del lugar, desaparece del campo globalizante de la visión del viajero que, mediante instrumentos de medida y de escritura, transforma las cosas y las personas en objetos que pueden observarse, medirse y gozarse estéticamente en el medio universal y transparente de una geografía comparada que cuenta al otro con patrones de medida metropolitanos (55).

El lenguaje del otro y los modos de hacer espacio al atravesarlo, habitarlo, medirlo, hablarlo, nombrarlo, etc., son el reverso de lo sublime. Allí donde termina el lenguaje de las cifras y el científico romántico deja de contar ante un vacío para el cual solo la poesía tiene nombre, comienza el campo del otro, sus voces y sus prácticas. Entre el silencio y la soledad del desierto y el murmullo anónimo de voces y signos en general que pueblan la llanura, entre naturaleza e historia, hay un umbral por el que el viajero va y viene, dividido entre lo uno de una experiencia inefable y lo múltiple de un mundo hablado por gauchos, soldados, guías, peones, puesteros—informantes nativos en general.

La nueva prosa del mundo. El registro periódico de experiencias sublimes marca el ritmo sentimental del viaje naturalista. Pero a cierta altura, Darwin apunta: “Por algún tiempo semejante escena es sublime; pero este sentimiento no puede durar, y acaba por perder su interés” (*Diario* 431). Lo sublime es un fervor que no dura y decae. Debidamente simbolizada, registrada en el lenguaje y encuadrada por el código pictórico que la vuelve decible y legible, la escena termina aburriendo, tragada por la repetición de lo mismo.

Hay que distinguir entonces entre el tiempo extático y discontinuo del *shock*, del trauma, del cataclismo, de la memoria, del deseo, al margen del transcurso normal de las cosas—ese “libre campo dado a la imaginación”—, y el tiempo como sucesión incesante de ahora, como mero devenir temporal. Así, de las bellas totalidades románticas y revolucionarias, de las revoluciones del mundo físico e histórico como acontecimientos que quiebran súbitamente el curso normal de la realidad, pasamos al tiempo de la evolución como corriente de cambios invisibles. La sorpresa “de ver producirse en apenas un momento” un nuevo estado de cosas contrasta con las transformaciones casi invisibles, producto de “la lenta acción de los siglos”—el paso lento e imperceptible del tiempo legible en los detalles (*Diario* 371).

“¡Qué historia de cambios geológicos revela la costa de la Patagonia, en medio de su simple estructura!” (*Diario* 210), exclama Darwin ante un paisaje cuya aridez contrasta con la exuberancia de la selva tropical. Se trata menos de un recuadro o un recorte del espacio que de una imagen

concreta del tiempo, un bloque de duración dotado de espesor temporal. Sobre las mesetas patagónicas, que “llevan el sello de haber permanecido por siglos tal como están hoy, y parece que su duración futura no tiene límite” (*Diario* 448), Darwin encuentra una imagen del tiempo como realidad concreta, inseparable de los contornos naturales del paisaje.

Darwin deja de agitarse y perderse en la contemplación del infinito, propia de un imaginario y de una metafísica romántica, para extraer un principio de explicación de los procesos de la vida de los abismos concretos del tiempo. Espacio despojado de toda forma de presencia, el desierto muestra el tiempo en estado puro, como duración abierta hacia el pasado y el futuro, inconmensurable respecto de la temporalidad humana. Cuando lo que está en juego es la edad de la tierra, la escala de duración que corresponde a los procesos morfológicos resulta inconmensurable respecto de la escala de tiempo de las generaciones humanas en la que evoluciona el viajero naturalista. Las transformaciones del paisaje son demasiado lentas como para que puedan ser percibidas e incluidas en la temporalidad “humana” de la observación.

Frente a la costa patagónica, tratando de representar la formación de las mesetas, Darwin deja de lado una descripción “épica” del proceso basada en la lucha violenta de elementos, por una perspectiva prosaica, novelesca, atenta al lento e imperceptible trabajo de desgaste del mar carcomiendo y alisando la roca durante siglos. Darwin confiesa el “vértigo” que produce “el solo hecho de pensar en el número de años que, siglo tras siglo, han debido necesitar las mareas, sin ayuda de grandes olas, para corroer un área tan vasta” (*Diario* 222). Más tarde, en la montaña, Darwin hace hablar a las piedras, que chocan entre sí bajo la fuerza de un torrente de agua: “El sonido le hablaba elocuentemente al geólogo; las miles y miles de piedras que se golpeaban sin cesar, producían un rumor de uniforme monotonía al rodar todas en la misma dirección. Era como pensar en el tiempo, donde cada minuto que pasa es irrecuperable. Lo mismo sucedía con aquellas piedras; el océano es su eternidad, y cada nota de aquella música salvaje hablaba de un paso más hacia su destino” (*Diario* 381). El naturalista es capaz de escuchar el rumor del tiempo en el sonido del agua sobre los piedras. La historia natural produce una nueva máquina de hacer

hablar la vida, de arrancarla de su fijeza por medio del lenguaje, según una ficción geológica atenta a las huellas escritas sobre la superficie de las cosas, a sus roces, sus contactos, sus texturas, rugosidades y durezas.

Se trata de un nuevo régimen de significación a-subjetivo, que ya no gira en torno de las inflexiones expresivas y de las estrategias emocionales del sujeto romántico. La duración no es una abstracción de un paisaje cuya contemplación despierta en el sujeto el sentimiento de eternidad o la nostalgia por bellas totalidades perdidas; la duración es tiempo que pasa, tiempo hecho espacio muy despacio—el lento desenvolvimiento de una inmensa red de signos que llevan escritos los secretos de una naturaleza histórica marcada por el paso del tiempo.

Leer el tiempo en el espacio significa ver detrás de lo acabado un proceso de formación o de desarrollo en gestación. En el desierto, Darwin descifra algo que está pasando todo el tiempo, algo en el umbral de lo visible que sucede constantemente a nuestro alrededor, algo que nos atraviesa y nos cambia: la palpitación duradera de las cosas en permanente devenir. La gran tabla clasificatoria del conocimiento, que distribuye diferencias sobre un plano sincrónico, cede el lugar a la reconstrucción diacrónica del “gran plan, común al presente y al pasado, conforme al que han sido creados los seres vivos” (119).

De a poco, el naturalista va desviándose de la senda romántica señalada por el poema de Shelley. Hay una nueva “poesía de las cosas”, común al paleontólogo, al arqueólogo y al novelista—pienso en el *milieu* balzaciano—, en la que se reconstruye una ciudad, una raza extinguida o una sociedad entera a partir de restos sueltos y sin vida de ruinas, fósiles, piedras u objetos dispuestos en series significativas. Correlatos de las ruinas románticas, los fósiles de animales prehistóricos son nudos entre el pasado y el presente, entre el mundo inorgánico y el mundo de lo vivo—trazos de un “gran plan” en ejecución. ¿Hay que aceptar las hipótesis de “revoluciones de clima y asoladores cataclismos” (*Diario* 112), para explicar lo que transformó esta región del planeta en “una perfecta catacumba de monstruos de razas extinguidas” (*Diario* 101)? Tal parece ser el gesto inicial de una reflexión “irresistiblemente inclinada a suponer algún gran cataclismo” (*Diario* 212). ¿O, más bien, según la nueva prosa del mundo,

hay que explicar el cambio a partir de alteraciones mínimas de las curvas vitales que definen las especies—“alguna diferencia de matiz en el clima, alimentación o número de enemigos” (*Diario* 214)—, en fallas mínimas de los mecanismos naturales de control y adaptación que evitan la multiplicación de una especie más allá de sus umbrales vitales?

Grandes planes. La vida recrudece en el desierto en torno al enigma que representan los restos fósiles de especies desaparecidas. “Admitir que las especies se hacen raras antes de extinguirse [...] y, aún así, recurrir a la acción de un agente extraordinario y maravillarse de que una especie deje de existir, me parece exactamente igual a admitir que la enfermedad en el individuo es el prelude de la muerte [...] pero cuando el enfermo muere, mostrar extrañeza y creer que ha muerto violentamente” (*Diario* 215). La comparación del declive de una especie acorralada paulatinamente entre fronteras invisibles de vida con la agonía de un individuo enfermo, anuncia un umbral entre la vida animal y la vida social, entre lo animal y lo humano, que los textos del desierto no van a dejar de atravesar.

En ese mismo umbral, la naturaleza se vuelve histórica. De hecho, las huellas del naturalista se imbrican con el rastro que el ejército de Rosas, de campaña contra el indio, fue dejando sobre el desierto. En agosto de 1833, no muy lejos de los cementerios de fósiles, Darwin desembarca del *Beagle* a la altura del río Colorado, donde acampaban las tropas de Rosas. El actual gobernador de la provincia de Buenos Aires había marchado “en línea recta por llanuras inexploradas”, dejando tras de sí el país “limpio de indios” y conectado por una línea de postas (*Diario* 86). Darwin aprovecha la ocasión, y decide marchar de Bahía Blanca hasta Buenos Aires en compañía de varios gauchos que le sirvieron de guías. Desviándose de la línea costera, Darwin viajó por el desierto con un salvoconducto firmado por el propio Rosas, que lo recibió amablemente en su tienda de campaña, aunque “sin una sonrisa”.³ El pasaporte autorizaba a “El naturalista Don

³ En la entrada que corresponde al 17 de agosto, consta en el diario de la expedición al desierto de Rosas: “Por haberse traspapelado un apunte del día 13 dejó de ponerse la llegada al Cuartel General desde Patagones del naturalista Mr. Carlos Darwien [*sic*], quien presentó al señor general el correspondiente pasaporte del cdte. político y militar de aquel punto y la nota del señor ministro de guerra”. La red de autorizaciones y jurisdicciones que ya gobiernan de manera invisible

Carlos” (*Diario* 149) a moverse libremente por un país convulsionado social y políticamente, con las poblaciones de frontera hostigadas por malones y las capitales de provincia amenazadas por periódicas “patriadas” de caudillos locales. Aunque sospecha que los paisanos no tendrían la menor idea de “lo que pudiera ser un naturalista”, Darwin confía en el prestigio que da un título y en el halo de autoridad que emana de la firma (*Diario* 149).

La guerra en medio de la que cae Darwin “es tan sangrienta que no puede durar, pues los cristianos matan a todos los indios que atrapan y los indios hacen lo mismo con los cristianos” (*Diario* 129). Se trata de una guerra de exterminio en la que la vida de los indios—vida desnuda, sin atributos—se lleva la peor parte. Los gauchos del ejército de Rosas, en su mayoría mestizos “con pinta de bandoleros” (126) e indios de tribus aliadas al gobierno, narran para Darwin escenas atroces de degüellos y ejecuciones en masa de hombres, mujeres y niños que arrancan del naturalista indignadas protestas en nombre de la humanidad.

Fuera del alcance de las definiciones de ley, los indios contra los que lucha Rosas nacieron en el lugar equivocado, en la raza equivocada: no hay lugar para ellos dentro de un Estado que se recorta contra el fondo amorfo de esa vida eliminable, despojada de atributos. Reducidos a conjunto de seres vivos definidos biológica y racialmente como “población” antes que como sociedad o comunidad—civilizar será muy pronto “poblar”—, los nómades de la llanura son el efecto de un principio de segregación y normalización de un estado incipiente que se constituye en torno a la violencia racista—racismo como mecanismo de eliminación de todo lo que no se deja leer bajo el signo del capital y la productividad—el otro “gran plan” para el desierto.

Medir y archivar el mundo—el gran plan de uniformización y normalización del planeta, unificado bajo patrones de medida e intercambio universales—incluye la permanente estimación por parte del viajero del grado de civilización de un pueblo. Lo que descubre Darwin en esa tierra de nada y de nadie que es el desierto, entre los ejércitos de Rosas,

sobre el territorio son otros de los límites invisibles a través de los que se mueve Darwin (Rosas 113).

es hasta qué punto la contigüidad entre lo humano y lo inhumano, entre el hombre y el animal, entre la cultura y la naturaleza, entre las vidas que valen y que no valen la pena, que cuentan y que no cuentan para la suma final del estado, en fin, entre la civilización y la barbarie, amenaza constantemente la justa medida—esto es, las definiciones estables y normativas de lo que es humano o civilizado. La civilización, que se reclama defensora de la vida, que gobierna sobre el trabajo, la alimentación, las “condiciones de vida” de sociedades devenidas poblaciones, produce la barbarie al mismo tiempo que crea las condiciones de aceptabilidad de la eliminación de la barbarie. En la llanura, constata Darwin, “todo el mundo está convencido de que es una guerra justísima porque se hace contra bárbaros”—barbarie inmanente a la civilización, en tanto vida racializada que no cuenta, desafiando en su ilegibilidad social y monstruosidad política aquello mismo que la constituye (*Diario* 127).

La extinción de una población es inminente y el pronóstico de Darwin resulta escalofriante por la exactitud con que anticipa el genocidio sobre el que, hacia fines de la década del 70, cuando los procesos biológicos se han convertido definitivamente en un objeto de intervención de Estado, va a afirmarse la unidad territorial de la nación. “Creo—concluye Darwin—que en otros cincuenta años no quedará un indio salvaje al norte del río Negro” (*Diario* 129). Una vez más, la triste melancolía del darwinismo impregna una mirada capaz de ver el tiempo en el espacio, ver el fin, ver las ruinas o los restos de los huesos que cincuenta años más tarde van a revolver científicos nacionales como Francisco Moreno, Florentino Ameghino y Estanislao Zeballos cuando investiguen o profanen, según se prefiera, cementerios indígenas (si es que los restos de las víctimas del exterminio tuvieron la suerte de encontrar sepultura).

Francisco P. Moreno y la naturaleza de la patria

En 1879, a pocos meses de iniciarse el viaje expedicionario de Roca al Río Negro, otro relato paleontológico escrito en la estela que había dejado Darwin sobre la llanura patagónica prepara el terreno sobre el que iba a maniobrar el discurso de anexión de un Estado que, por la información y por la fuerza, se halla en vías de fijar sus límites territoriales.

En 1879 se publica *Viaje a la Patagonia austral*, el diario de la expedición científica que entre 1876 y 1877 Francisco P. Moreno había realizado por las llanuras y mesetas patagónicas. Otros antes que él habían atravesado las mismas regiones y escrito diarios de viaje que Moreno sigue con rigor y admiración infantil: Darwin, que en 1833, entre bandas de gauchos armados batiendo indios por la pampa desenterró fósiles y estudió la extinción de especies; George Chaworth Musters, que se aventuró desde Punta Arenas hasta el río Negro en compañía de una turbulenta y carnal partida de indios nómades. Los pasos que sigue Moreno, un naturalista nacional, oscilan entre esos dos extremos, entre lo vivo y lo muerto. Como “no bastaba estudiar las generaciones extinguidas que el tiempo había sepultado en el litoral marítimo patagónico”, Moreno cree necesario “compararlas con las tribus que las sucedieron en la posesión del territorio” (31).

Esa enorme sepultura de restos prehistóricos que era el desierto patagónico para Darwin reaparece bajo la forma de los cementerios indígenas que recorre Moreno, yacimientos científicos que una nación en busca de raíces puede explotar. Dos visitas sucesivas a la zona del río Negro ya le habían dado “por cosecha” cráneos de indígenas y puntas de flecha trabajadas en piedra—fragmentos sueltos de un pasado coleccionable y manipulable en esas máquinas de producir orígenes que son los museos naturalistas (*Viaje* 32). Espacio de reunión de piezas sueltas recolectadas en sucesivas expediciones, el museo que Moreno formó privadamente y que a partir de 1877 pasó a formar parte del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires es el espacio donde una dispersión de huesos pulidos por el tiempo y desparramados por el viento encuentran un lugar dentro de un orden temporal continuo—un orden en el que el pasado remoto desemboca en el presente de una patria que, provista oportunamente de antepasados, se abre al futuro.

Militante brutal de la ciencia y de sus avances, Moreno no puede esperar que el tiempo haga su trabajo. Su impaciencia de coleccionista es indisimulable, al punto que su amigo Sam Slick, hijo de un cacique tehuelche, se rehúsa a que le tomen las medidas de su cuerpo porque está seguro de que Moreno “quería su cabeza” (103). Condescendiente, Moreno

presenta el temor como infundado, pero Sam no se equivocaba. En efecto, poco tiempo después Sam Slick muere asesinado en una pelea. Clandestinamente, Moreno exhuma su cadáver que, convertido en ejemplar de una especie en extinción, va a parar al Museo Antropológico de Buenos Aires, “sacrilegio cometido en provecho del estudio osteológico de los tehuelches” (103). Paleontologizados y esencializados por un mirada museificante, los pobladores indígenas no habitan ni pertenecen al presente del naturalista, sino a su prehistoria.⁴ Su presencia contundente en la llanura no es una prueba de vida suficiente para el naturalista, cuya colección confunde cráneos y utensilios antiguos y actuales. Como las llanuras patagónicas que perturban a Darwin porque “llevan el sello de haber permanecido como están hoy durante larguísimas edades” (*Diario* 448), no hay ninguna diferencia entre el hombre prehistórico y el que acaba de morir. Ambos están afuera del tiempo histórico, antes de la nación pero ya sin lugar dentro de ella.

Recién entonces, cuando el gesto de borrar del paisaje todo rastro de presencia humana está asegurado, Moreno se permite la fantasía antropológica de fusión con un objeto debidamente fosilizado y desalojado del presente. Durmiendo envuelto en pieles, Moreno se regocija preguntándose “¿quién, transportado a nuestro paradero, hubiera distinguido si el envuelto en el quillango es el indígena o es el que pretende descifrarlo por estas antigüedades?” (237). Así, “con diferencia de algunos siglos”, salvaje y civilizado se encuentran fundidos en el deseo de Moreno. Sin embargo, “estas antigüedades”—la desnudez del tehuelche, el cuchillo, el pedernal—son el fondo temporal necesario para resaltar “los grandiosos adelantos de nuestro siglo”, un siglo encarnado en la punta más avanzada del presente: el viajero científico “munido de la brújula y el sextante” (218).

Al rasgo mortificante de la mirada sobre el otro le corresponde la naturaleza muerta del desierto austral, tan árido como la prosa de Moreno que no duda en cederle la palabra a Darwin cuando su repertorio descriptivo queda desbordado. Pero Moreno no añora la exuberancia de especies vegetales y animales de las selvas tropicales. Después de todo, es

⁴ A propósito de la articulación entre las ficciones científicas de Moreno y la constitución del Estado, ver Jens Andermann, 125.

un viajero científico obligado por el género a interesarse por la vida aún en sus manifestaciones más ínfimas. No hay nada a simple vista que pueda distraer la línea recta del viajero; sin embargo, Moreno se mueve en zig-zag de un objeto a otro (175), aferrándose con entusiasmo al mínimo de naturaleza que lucha por sobrevivir (200). “Donde en un principio no había visto sino desierto, veo maravilla tras maravilla”—asegura Moreno, a quien le “basta una mata espinosa sobre una pampa árida para alimentar esa admiración extraña por las cosas creadas” (175). Pero a medida que el viajero avanza el interés científico se desvanece, tragado por un paisaje cuya repetición monótona tolera mal cualquier variación de afectos. Moreno tiene que reconocer que “todo es igual, la monotonía opresora enerva aquí, desespera. La aridez continua, las sábanas de piedras, los arbustos que viven muriendo, le comunican un abatimiento con el que solo la energía puede luchar” (244). Sin referencias ni accidentes, sin el alivio estético, el paisaje se disuelve, y sólo queda un espacio agotador y desvitalizante—el desierto de lo real despojado de cualquier investidura imaginaria.

Es hora entonces de volver, de rendirse ante un bloque de espacio que la pura voluntad de saber, el “vértigo de lo desconocido” (207) o el placer estético ya no pueden sostener. Pero en esos momentos en que las fuerzas declinan, los sentidos se aturden y la escritura no puede seguir; a medida que “las impresiones entusiastas de los primeros trabajos van desapareciendo en nosotros a medida que adelantamos” (244), el patriotismo viene en ayuda del viajero nacional—un plus de deseo y heroísmo del que el viajero extranjero carece. Allí donde viajeros anteriores fracasaron, el naturalista argentino triunfa porque “las fuerzas que el trabajo gasta, la recupera el patriotismo” (245). Remontando, desde el Atlántico, el río Santa Cruz en busca de sus orígenes geográficos, Moreno alcanza y supera el punto en el que cuarenta años antes Fitz-Roy y Darwin tuvieron que retroceder por falta de provisiones (192). “El patriotismo ciega”, anota el naturalista nacional, que se abstrae del paisaje y se olvida de “las penurias del marino inglés que me ha precedido y solo pienso que, con energía y voluntad [...] obtendré el fin deseado” (231). Cuando la ciencia sola no alcanza para continuar, la patria releva al discurso científico

y permite retomar el sentido perdido. Así, después de un mes de tirar de un bote en contra de la corriente, los exploradores penetran virilmente, por primera vez viniendo desde el Atlántico, en un lago que en medio de visiones de futuro y de progreso Moreno nombra como “Lago Argentino” (306).

En esa ceremonia del nombre por la que la historia se inscribe directamente sobre el territorio, la patria se incrusta en el paisaje—un paisaje que, debidamente apropiado y nacionalizado, se renueva estéticamente. Ahora, “todo ejerce sobre nosotros una sensación inexplicable de bienestar y gozamos de este espectáculo que por más previsto que nos haya sido, lo encontramos nuevo” (305). Elevado de la chatura de la meseta a la verticalidad de la montaña, el naturalista ciego de patriotismo recupera sus sentidos; el entusiasmo estético, que la desnudez y despojo de la meseta patagónica había agotado, revive en él. La patria es un espectáculo representado por el paisaje sólo para el naturalista nacional. Nadie antes que él, ni el indio que “poco admira las obras de la naturaleza” (370) ni el poco resistente naturalista extranjero, había contemplado el “manto patrio” que el azul del cielo y el blanco de las cimas nevadas extienden sobre el horizonte. Según esta escenografía espontánea, los territorios explorados son naturalmente argentinos. La nación es un dato evidente del paisaje, de modo que la bandera que Moreno planta en el punto más lejano alcanzado por la expedición despliega colores que “copian ahora la alfombra blanca de nieve recién caída y el celeste del hielo eterno” (383). ¿Qué copia a qué? ¿Es la bandera la que copia los colores de la naturaleza, o es la naturaleza la que copia a la bandera? En esa oscilación gramatical, la patria se funde con la naturaleza según una lógica del límite que al mismo tiempo que separa cuerpos políticos como Argentina y Chile, superpone y mezcla naturaleza y cultura.

Paisaje y frontera se encuentran en los Andes para naturalizar la arbitrariedad del territorio. La exploración de los Andes patagónicos es el acontecimiento geográfico que clausura el espacio de la patria, cerrado por un cordón de nombres propios y símbolos patrios que le ponen fin a la pura extensión de la llanura pampeana y patagónica. Allí termina la experiencia pura del espacio que define lo argentino, porque al que nació y creció en las

llanuras abiertas y transparentes, sin horizonte montañoso que les ponga límite, le faltaría el espacio como si le faltara el aire. Entre lagos y montañas, “se sentiría oprimido” (362). La diferencia es antes que nada estética; el dramatismo de la montaña o la alta paisajidad de los lagos australes no se compara con la desnudez extrema de la llanura—llanuras en blanco que antes que irradiar con nitidez datos de paisaje, son el espejo en el que se mira una nación que encuentra ondulando sobre ellas espejismos de grandeza y de progreso.

El naturalista argentino y la tradición

Desde que naturalistas como Cuvier o Darwin hicieron hablar a la vida, las piedras y los fósiles desparramados por el desierto tenían historias para contar mucho más confiables que la charlatanería de navegantes o exploradores que, entre la ficción y los hechos, alimentaban la imaginación de los lectores con exóticos destinos. Hubo así ficciones geológicas y paleontológicas que, a partir de un hueso, de un trozo de piel o de un fósil, reconstruían paisajes enteros poblados de razas de animales de grandes dimensiones y especies vegetales desconocidas.

Partiendo de un colmillo o de una garra, naturalistas como Cuvier podían imaginar esqueletos completos de animales de grandes dimensiones. Pero al servicio del incipiente Estado, la imaginación del naturalista nacional tenía la obligación de ir todavía más lejos. Asegurado el control del territorio nacional, la ciencia argentina buscaría dominar su historia natural por medio de ficciones de origen escritas con fósiles que introducían en la superficie de la llanura un espesor temporal ausente de los mapas.

Hijo de inmigrantes genoveses, obsesionado por los linajes, Florentino Ameghino hizo todo lo que estuvo a su alcance para crear una descomunal ficción de origen que situaba el origen del hombre en el suelo de su patria. “Nuestro principal propósito”—anuncia Ameghino en el prólogo de *La antigüedad del hombre en el Plata*—“consiste en probar que durante la época en que vivían en las pampas argentinas esos gigantes de la creación que han sido denominados Megatéridos, Gravígrados o Tardígrados (...), únicamente propia de las pampas argentinas, el hombre

también poblaba estas comarcas y más de una vez vio, contempló y admiró las macizas formas de los extraordinarios seres que lo rodeaban por todas partes” (*Breve* 23). El naturalista nacional comenzó removiendo los mismos huesos de los que Darwin había hecho brotar manadas monstruosas de megaterios, gliptodontes, milodontes y toxodontes pastando perezosamente por la llanura. Pero excavando en los estratos pampeanos en la zona del río Luján, cerca de donde había nacido—por los mismos años en los que Roca barría las tribus nómades de la pampa bonaerense—, Ameghino encontró algo más: en las incisiones, rayones y roturas longitudinales de muchos de esos huesos y caparazones podía leerse la huella de la mano del hombre, tan diferentes de una marca natural que hasta “un niño de diez años podía distinguirlas fácilmente unas de otras” (“El hombre cuaternario en la Pampa”). La hipótesis cae prácticamente en el campo del delito científico. Según la opinión científica de la época, a diferencia de Europa, no existían rastros en América que permitieran hablar de presencia humana durante la llamada era Terciaria superior (o Cuaternaria, según la periodización), en el último período glacial. Pero si los fósiles que Ameghino encuentra mezclados en un mismo estrato no mienten, el hombre habría habitado en la pampa—esto es, habría poblado el “suelo argentino”—desde el Pleistoceno, conviviendo con las grandes bestias extintas. La historia de Ameghino era increíble, en efecto, pero se impuso a muchos, que hacia 1878 lo ayudaron a viajar al primer Congreso Internacional de Americanistas en París para exponer su osada teoría, exhibir su colección de fósiles en la Exposición Universal de París y publicar en colaboración con Paul Gervais *Los mamíferos fósiles de la América meridional* (1880) y los dos tomos de *La antigüedad del hombre en el Plata* (1880 y 1881).

El entusiasmo de Ameghino no se detuvo allí: molesto por la versión científicamente más difundida de que el origen de las nuevas especies de mamíferos era el hemisferio norte (una versión del imperialismo en clave zoológica), Ameghino, en los ratos libres que le permite la atención de “El Glyptodón”—la pequeña librería y papelería que instala a su regreso de París—, forzó tal vez un poco la lectura de las pruebas científicas hasta escuchar de ellas lo que quería oír: que todos los mamíferos de sangre

caliente habían aparecido por primera vez en el suelo de la llanura y que desde allí se habían desparramado por todo el mundo como una lenta marea filogenética que subía de sur a norte.

La cuestión se transforma: si todos los mamíferos se originan en la zona del Plata y Patagonia, la cuna del hombre debe buscarse en Sur América. Excavando en los médanos de Monte Hermoso, hacia el año 1887, Ameghino encontró conviviendo en un estrato terciario, más antiguo aún que el anterior, huesos de mamíferos rotos y quemados, tierra cocida y una vértebra cervical que correspondería a lo que Ameghino identificó como un mono antropomórfico, el *Tripurohomo argentinus*. ¿Restos protohumanos que correspondían al eslabón perdido, enterrados en un estrato del Plioceno? ¿En Monte Hermoso? Entre los huesos de mamíferos rotos, los fragmentos de piedra tallada, la tierra cocida (signos inconfundibles de una fogata) y los restos del homínido, habría una suerte de metonimia arqueológica que Ameghino interpretó como relación causal, sosteniendo que el *Tripurohomo* era el responsable de lo que perfectamente podría haber sido una suerte de asado prehistórico. Pero la prehistoria continúa. Presionado por la selección natural, el atávico homínido habría terminado de erguirse sobre sus extremidades traseras para otear el horizonte—una respuesta de la selección natural al rigor horizontal de la llanura. Miles de años más tarde, ya firmemente asentado sobre sus dos piernas, el *Homo pampeanus* corretearía por las llanuras terciarias cazando milodontes y toxodontes con arco y flecha y boleadoras, cubriéndose con sus pieles, alimentándose de su carne—sus huellas fueron halladas en las barrancas de Miramar: una punta de flecha incrustada en el fémur de un toxodonte.

“Aquí se han descubierto los restos óseos reputados por nosotros como los más antiguos que del Hombre se conocen”—anuncia Florentino Ameghino en la apertura del Congreso Científico Internacional Americano, impregnado del tono grandilocuente del Centenario. Anticipándose a la convicción de Borges de que, en ausencia de tradiciones culturales, el escritor argentino tiene la libertad de trabajar sin el peso opresivo de la memoria, Ameghino percibe en los años del Centenario al naturalista nacional “mejor preparado que los europeos para abordar tales cuestiones,

porque no vivimos cargados de los prejuicios de las viejas sociedades del Antiguo mundo” (66). Atrás quedaron los días de precariedad y marginalidad institucional, cuando la falta de biblioteca le impedía separar lo que era propio de lo leído en otra parte; o cuando trataba de sacar adelante su obra “entre la venta de cuatro reales de plumas y un peso de papel, condición poco favorable, por cierto, para dar a mis ideas formas literarias elevadas” (36). Las clasificaciones aceptadas no sirven: la fauna de América es monstruosa porque la taxonomía es deficiente. Nuevas clasificaciones normalizarían los cuadros y despejarían las incógnitas que los descubrimientos paleontológicos y antropológicos le plantean a las clasificaciones vigentes.

Así, el fabuloso árbol genealógico que Ameghino plantó en la costa de Monte Hermoso prendió fuertemente en la imaginación clasificatoria de muchos científicos de la época. Las pruebas seguían acumulándose; los descubrimientos se suceden. Se sospecha que un ayudante de Ameghino, de apellido ¡Parodi!, falsificó algunas pruebas... Todo va tomando un aire de sainete científico, de sucesión de disparates que no hacen más que subrayar la ausencia de origen. Desafiante, Ameghino invita a reputadas figuras extranjeras a verificar sus hallazgos. Un implacable antropólogo del Instituto Smithsonian de Washington, el checo-norteamericano Aleš Hrdlička, que sostenía que el hombre había emigrado a América en un pasado más reciente, dedicó buena parte de su carrera científica a desacreditar a su colega rioplatense. En 1910, Hrdlička visitó Monte Hermoso en compañía de Ameghino. Si bien no negó que los restos hallados presentaban la huella del hombre, sí desmintió su antigüedad. La vértebra simioide que había entusiasmado a Ameghino era manifiestamente humana, tanto como los restos de la fogata y de los utensilios, que correspondían a una época reciente. Ocurre que en Monte Hermoso, que es donde comienza toda esta historia, el subsuelo es demasiado arenoso, demasiado voluble y movedizo como para no pensar que los restos fósiles en cuestión no hubieran sufrido movimientos verticales producto de la erosión o el drenaje, según una escala de tiempo en la que un ligero desplazamiento hacia arriba o hacia abajo equivale a una diferencia de millones de años. Se trataba, literalmente, de una falla

estratigráfica, un error de lectura del archivo geológico que confundía voluntaria o involuntariamente estratos diferentes, según una larga y productiva tradición de “malas lecturas” que atraviesan la literatura del desierto.

No fue el único en confundirse o en tratar de confundir. Para la misma época en la que Ameghino reclama que la pampa era la cuna de la humanidad, los ingleses entierran y desentierran en una cantera de un pueblo de Sussex restos óseos humanos mezclados con los de un mono y un orangután, debidamente alterados, para fraguar la historia de que el hombre era inglés (y no alemán, como sugería el descubrimiento de la mandíbula de Mauer de los Neanderthal en Alemania, y menos argentino). Se trataba del hombre de Piltdown, un fraude científico que no fue desenmascarado hasta 1953.

Bruce Chatwin, ficciones de origen

La historia no puede haber pasado desapercibida para uno de esos naturalistas y viajeros precoces que circulan por el género, capturados desde niños por ficciones paleontológicas, hazañas arqueológicas o aventuras exóticas que siguen circulando por la cultura de masas (por ejemplo, en el turismo) como residuos de una cultura imperialista. La literatura del desierto está poblada de ellos: el niño de diez años al que apela Ameghino, capaz de leer en una piedra o en un hueso la huella de la mano del hombre; las tribus de pequeños salvajes que corren por la memoria de Hudson; o los niños coleccionistas de baratijas arqueológicas y paleontológicas de Francisco Moreno, que recuerda el museo de su infancia: “Dos vértebras caudales, fracturadas, de un gliptodonte; tres placas de la coraza del mismo animal, algunos insectos del Paraguay, un arco con seis flechas, armas de los indios del Chaco, y un famoso ‘ídolo de un pagoda china’ figurón bautizado así por nosotros y que era el crédito de nuestra colección” (28).

Hacia 1953, a los trece años, un niño que escribiría dudosos libros de viaje donde la verdad se diría mintiendo se apasionaba por la geografía del miedo que la guerra fría desplegaba sobre las ciudades europeas. El mundo estallaría, y el hemisferio sur sería el único lugar seguro. Pero no

fue ésa la primera vez que Bruce Chatwin—de él se trata—localizaba en la Patagonia su deseo. Cuando tenía cuatro o cinco años, un trozo de piel de brontosaurio, “gruesa y curtida, con hebras de pelo áspero y rojizo” se había apoderado fuertemente de su imaginación infantil, donde crecería hasta tomar la forma de un animal peludo y voluminoso, con garras y colmillos, parecido a un mamut. Desde una vitrina en la casa de la abuela, donde yacía unido a una tarjeta que el niño todavía no podía leer, la reliquia prehistórica transmitía un relato donde el pasado remoto de un lejano continente se mezclaba con la historia familiar. El brontosaurio había sido descubierto a fines de siglo por el legendario tío Charley, un capitán de la marina mercante que había naufragado tratando de rodear el estrecho de Magallanes. Atrapado en un glaciar, el brontosaurio se había conservado intacto en el hielo, hasta que Charley, al mando de una cuadrilla de obreros indígenas, lo había hecho enviar al Museo de Historia Natural de South Kensington.

En algún momento, la historia del tío Charley y el brontosaurio se tropezó con un maestro de biología. La versión quedó desarmada (el brontosaurio era un reptil y no tenía pelo) y, en nombre de la ciencia, el maestro le ordenó al joven Chatwin dejar de mentir, como tantos otros que criticarían sus libros de viaje. Con el tiempo, las piezas de la historia se ordenan: el trocito de piel no pertenecía a un brontosaurio, sino a un milodonte o perezoso gigante. Y no había sido un animal completo lo que Charley había descubierto y vendido al Museo Británico, sino apenas un poco de piel y algunos huesos conservados por el frío seco de una cueva vacía en el extremo sur de la Patagonia chilena.

“Nunca en mi vida volví a desear nada tanto como deseaba ese trocito de piel” (8): lo más profundo para el Chatwin de *Patagonia* es la piel, ese pedacito de piel perdida, flotando en un bloque de infancia como un fósil atrapado en un cristal de ámbar. Como los esqueletos colosales exhibidos en el Museo de La Plata, reconstruidos por Ameghino a partir de una garra o de un colmillo, *Patagonia* es un mosaico de voces y relatos fragmentarios gravitando alrededor de esa partícula de prehistoria infantil que el escritor-viajero se dedicó activamente a perder. Porque el viaje, como experiencia coleccionable que hay que perder para que, con los años,

adquiera valor estético, se transmuta en un relato enmarcado por la pérdida—la invitación a un viaje que comienza con la pérdida (el fragmento de piel de brontosaurio que, después de la muerte de la abuela, va a parar a la basura) y que termina en el hueco vacío de una cueva desierta, cubierta de excremento fósil de perezosos.

Espacio estriado por discursos múltiples, la Patagonia por la que viajó Bruce Chatwin es un palimpsesto formado por capas aluvionales de observaciones, documentos y fábulas depositadas por la historia. Es que hacia 1974 no queda nada sin contar. La Patagonia es un cementerio de relatos que, en un mutismo de fósil, yacen esparcidos sobre un mundo desencantado por la ciencia, el estado y el mercado. El texto tiende al museo, al archivo, a la serie, a la recolección de curiosos especímenes discursivos que se van almacenando en las vitrinas de un relato donde lo que el viajero ve y escucha está mezclado con lo que otros han visto e imaginado antes que él, cuando los signos formaban con las cosas una apretada red que Chatwin trata de volver a enmarañar.

Chatwin viaja de un lado a otro al azar de los relatos por una Patagonia extraterritorial y cosmopolita donde lo argentino se diluye en una red de informantes nativos descendientes de colonos galeses, escoceses, ingleses, españoles, alemanes, norteamericanos, franceses, italianos, bóers, lituanos, persas, judíos y araucanos. Como en los anacronismos deliberados de las ficciones científicas de Ameghino, la ciencia y el mito, el pasado y el presente, lo muerto y lo vivo, la verdad y la ficción, lo propio y lo ajeno, volverán a ser parte de un continuo que, en el ir y venir del viajero, se trama en la escritura. Porque con Chatwin, los signos adormecidos de los antiguos relatos volverán a hablar. Chatwin llegó demasiado tarde al relato de viaje, un género devaluado por la lógica del consumo, el turismo global y los cálculos exotistas del realismo mágico. Y como una suerte de Pierre Menard del arte de viajar, quiso pasar por los lugares comunes del género sin copiar ni transcribir lo que otros habían observado y escrito antes que él. Podría decirse que viajó para que una apretada trama de historias se repitan y, a través suyo, hicieran la diferencia, el extrañamiento, la literatura.

Para el viajero que pasea como si hojeara un archivo, las historias paralelas corren por un plano donde el tiempo cronológico se encuentra suspendido, donde todo es simultáneo. Allí están todavía, reconocibles en los duros rasgos de los trabajadores migratorios del sur de Chile, los indómitos araucanos del poema de Alonso de Ercilla que Voltaire tomó como modelo para su buen salvaje y Shakespeare, para su Calibán. La historia se repite en clave anarquista cuando en 1920 los trabajadores de las estancias se levantan contra sus patrones—una revolución “en miniatura [que] parecía explicar el mecanismo de todas las revoluciones” y que terminó con una violenta represión que repite las matanzas de los conquistadores y del ejército nacional (138). Chatwin también repite la historia de Jemmy Button, el ejemplar de salvaje fueguino que en 1830, siendo un niño, fue secuestrado y llevado a Londres por el oficial principal del H.M.S. Beagle, Robert FitzRoy, para probar que todos los hombres, incluidos los salvajes patagónicos, eran hijos de Adán y, por lo tanto, susceptibles de mejorar. (Cinco años después, cuando el experimento filosófico había concluido y Jemmy, mejorado por la civilización, volvía en el Beagle para retomar su vida salvaje, Darwin, naturalista de a bordo, contemplaba desde cubierta cómo la teoría de su amigo FitzRoy comenzaba a naufragar ante las costas fueguinas: el grito “Monos, sucios, tontos. ¡No son hombres!”, dirigido por Jemmy a unos indios enemigos de su tribu, pudo haber sido el germen de la teoría evolutiva del origen del hombre— sugiere razonablemente Chatwin.)

No lejos de la anécdota de Jemmy Button, Chatwin reconstruye a partir de una entrevista que tuvo en Francia con el príncipe Philippe, monarca “en el exilio” del reino de Araucanía y Patagonia, la historia de su antecesor, el legendario Orélie-Antoine de Tounens—el charlatán francés que en 1859, a semejanza de “El hombre que deseaba ser rey” de Rudyard Kipling, unificó las tribus araucanas haciéndose proclamar rey de la Patagonia. No es el único anacronismo: en la primera década del siglo, cuando en las últimas fronteras norteamericanas ya reinaba la ley y el orden, Butch Cassidy y *The Wild Bunch* buscaron en el Lejano Sur patagónico revivir el anarco-bandolerismo que los hizo legendarios en el Wyoming de los años setenta.

Entre la represión de trabajadores y la matanza de guerreros araucanos; entre el salvaje semidesnudo y el Jemmy Button vestido a la europea, cruzando de ida y de vuelta el océano que separa el hombre civilizado del salvaje; entre el colonialismo tardío y los sueños imperiales de Orélie-Antoine de Tounens y la consolidación territorial de Argentina y Chile como jóvenes estado-nación; entre la Patagonia de 1900 y la frontera norteamericana de 1870, hay un mismo defasaje, un misma distorsión temporal. En *Patagonia*, el tiempo lineal está salido de sus goznes: el viaje al sur del agente imperial, del naturalista, del asaltante de bancos, del burgués imperialista o del anarquista es un retorno a un mundo más antiguo y más firme—como el viaje de Juan Dahlmann entre la vida y la muerte, entre lo vivido y lo deseado, entre el siglo diecinueve y el siglo veinte, entre las ficciones de los libros y los signos mudos de la llanura.⁵

En este sentido, Chatwin se inscribe en una larga tradición de viajeros que viajan para colmar de realidad los signos leídos o escuchados en otro lado, para llevar una historia—un gran relato, una hipótesis científica, un programa de emancipación, una leyenda—al mundo y experimentar con el poder de las ficciones. De ahí su fascinación por personajes que, de algún modo, fueron capaces de hacer vacilar por medio de un relato la consistencia del mundo que la ciencia, el estado o los medios de comunicación traman con sus signos. Como Martín Sheffield, un aventurero texano “parecido a Ernest Hemingway” (58) que, hacia 1922, convenció a distintas sociedades científicas de la existencia de un ejemplar vivo de plesiosaurio, un pequeño dinosaurio que, de mediar alguna ayuda económica, Sheffield se ofrecía a cazar y a embalsamar. O como el propio Florentino Ameghino, que hacia 1899 volvió a alborotar a la comunidad científica internacional con otro de sus sensacionales artículos, titulado *Notas preliminares sobre el Mylodon Listai, representante VIVIENTE de los antiguos fósiles de gravígrados edentados de la Argentina*. Resulta que

⁵ En su reconstrucción de los modos de producción del espacio patagónico, Gabriela Nouzeilles opone textos como los de H.W. Hudson al relato que identifica avance viajero o colonizador con la idea de progreso: “Si, de acuerdo con los presupuestos históricos occidentales, desplazarse en el espacio es avanzar en el tiempo (la colonización como progreso), la experiencia de la Patagonia fue, por el contrario, un retorno, un retroceso, un desvío afuera de los caminos de la historia”. Ver Gabriela Nouzeilles, “Patagonia as Borderland: Nature, Culture, and the Idea of the State” 35-48.

en 1897, atraído por los rumores de un descubrimiento científico, Francisco Moreno—que disputa con Ameghino el centro de la escena científica local—viajó hasta el sur patagónico para verificar que sólo se trataba de restos del cuero prehistórico que ya conocemos, secándose el sol en la entrada de la cueva de la que unos años más tarde el tío Charley tomaría su parte de esta historia. Moreno despachó las muestras al Museo Británico, previo paso por el Museo de La Plata. Ameghino, que sigue con celo los pasos de su rival, debe haber excavado y removido el contenido de la caja ajena, para luego lanzar, con la audacia que lo caracteriza, su sensacional versión. Una versión que hoy llamaríamos polifónica, donde un animal mítico que recorre las leyendas aborígenes, el *yemische*, se funde con el animal viviente que la ciencia ansiaba encontrar. En efecto, por esos años, muchos zoólogos estaban dispuestos a creer que, al sur de los Andes, una región inacabada y todavía a medio hacer, un gran mamífero antdiluviano había sobrevivido a las glaciaciones. Ameghino, que no era ajeno a esta fantasía del conocimiento de la época, se dedicó a justificar una conjetura que alimentó su deseo y su formación científica. ¿Cómo no creer entonces que, hacia 1895, mientras trataba de vadear el río Senguer, un tehuelche llamado Hompen vio y mató con un golpe de sus boleadoras al *yemische*, y que guardó un pequeño trozo del cuero para su amigo el explorador blanco? ¿Cómo evitar concluir que “el *yemische* y el milodonte eran un mismo animal” (262), rebautizado con el nombre de *Neomylodon Listai* en memoria del exgobernador de Santa Cruz Ramón Lista (cazador de grandes animales, además de asesino de tribus enteras de aborígenes fueguinos)? No había dudas: había milodontes vivos en la Patagonia, y si lograba juntar los fondos necesarios, Ameghino estaba listo para salir a cazarlos y rellenar con la presencia contundente del animal vivo esa totalidad perdida que el pedacito de piel sugería. El *Daily Express* se hizo ecos del hallazgo, y financió una expedición para buscar el ejemplar que nunca apareció. El Museo Británico, que no estaba del todo convencido, pidió con insistencia muestras del hallazgo que Ameghino nunca presentó.

Más que el placer de volver a contar una anécdota, lo que cuenta para Chatwin es el procedimiento, el mecanismo ficcional que permite que las historias se multipliquen, que la narración recomience una y otra vez. El

encuentro en un colegio salesiano de Comodoro Rivadavia con el padre Palacios es una réplica miniaturizada del funcionamiento general de *Patagonia*. Chatwin toma impulso narrativo a través de la figura de este ecléctico sabio patagónico en el que confluyen la multiplicidad de tramas espaciales y discursivas que constituyen el género. Palacios encarna la fantasía de la unidad del saber—un saber artesanal, contingente y heterogéneo, que procesa datos imposibles de clasificar según criterios científicos. Se trata de la historia de lo otro, lo que carece de valor racional y, de acuerdo al orden empírico fijado por la ciencia y sus leyes, está ahí, silencioso e invisible como un blanco sobre un mapa, llevado y traído de un lugar a otro por los relatos.

Doctor en teología, antropología y arqueología, Palacios es un pomposo experto en cuestiones indígenas, además de biólogo marino, zoólogo, ingeniero, físico, geólogo, agrónomo, matemático, genetista y taxidermista (sin contar las cuatro lenguas europeas y las seis lenguas indígenas que habla). Chatwin lo encuentra sentado bajo un árbol en el medio de una tormenta de tierra, enfrascado en un manual de ingeniería aplicada. Como los personajes de Roberto Arlt, el padre Palacios es una especie de *bricoleur* que trabaja con una colección de residuos discursivos, ficciones pseudocientíficas, manuales de divulgación y saberes no legitimados que circulan por los márgenes de las instituciones científicas. La conferencia sobre prehistoria de la Patagonia que improvisa para Chatwin es un mosaico de materiales heterogéneos ya elaborados por la cultura, donde los escombros de antiguos discursos sociales se mezclan con las últimas novedades científicas, desviadas de su función original. La exposición, que va de la estadística y el carbón radiactivo a teorías migratorias y pinturas rupestres de milodontes, pronto se funde con un disparatado viaje fantástico frente al cual la exaltada imaginación científica de Ameghino empalidece: en la Patagonia prehistórica hubo unicornios tal como los que se describen en los Salmos Sagrados; seres sensibles presenciaron el nacimiento de los Andes; un antepasado del hombre anterior al australopiteco africano habitó en la Patagonia: los indígenas lo llaman el *yoshil*, un protohomínido sin cola, de menos de un metro de

altura que, según los turbios informantes de Palacios, todavía andaba vivo por Tierra del Fuego (Chatwin 104).

El padre Palacios se reserva para sí los documentos o fotografías que prueban sus descubrimientos. Pero lejos de intentar una refutación, Chatwin va a poner a prueba el procedimiento mimetizándose con la extraordinaria imaginación del autodidacta. Lo que sigue entonces es un viaje de la costa a la cordillera para “encontrar el unicornio del padre Palacio” (106). Siguiendo el azar de los relatos y de las versiones, Chatwin llega pocos días después al Lago Posadas y encuentra pintado sobre las superficies rocosas de un sitio sagrado el unicornio. Si no es muy viejo, puede ser un toro visto de perfil; “pero si era de verdad viejo, tenía que ser un unicornio” (114). La ambigüedad de la observación deja intacta la potencialidad de un relato que es pura pulsión narrativa, que avanza en el espacio mientras la verdad científica se pierde en el fondo de los tiempos. Un poco más adelante, al sur del lago Buenos Aires, Chatwin encuentra restos de cuchillos de obsidiana junto a la caparazón de un gliptodonte, “el *propalaeohoplophorus* de Ameghino” (120). El nombre de Ameghino señala la repetición del mecanismo: el despliegue de un suelo común donde se encuentran conviviendo dos restos de vida incongruentes. Hasta entonces no se habían descubierto rastros humanos junto a fósiles de gliptodontes—una bestia extinguida antes de la llegada del hombre a América, como le informan a Chatwin poco después. La conclusión es científicamente inquietante, porque desordena las clasificaciones y le quita el piso al espacio del pensamiento científico: si los restos de cuchillo eran de verdad viejos (como la pintura del supuesto unicornio), entonces el hombre había existido en América mucho antes de lo que se creía, y entonces el padre Palacios y Ameghino tenían razón: el hombre surgió en el fin del mundo, en el extremo sur de América.

Intacto, virtual, fraudulento, otro mundo posible yace en el pasado, paralelo a la reconstrucción científica de los hechos. Desperdicios prehistóricos, los pedazos de obsidiana y los restos de gliptodonte solo son contemporáneos en el espacio liso y maravilloso del relato, una especie de no-lugar donde los seres y las cosas se reparten de otro modo, como en una utopía. De hecho, Chatwin viene de relevar el sitio donde según relatos de

viajeros del siglo diecisiete se ubicaba la Ciudad Dorada, una ciudad utópica oculta en el sur de los Andes, al pie de un volcán y sobre la orilla de un hermoso lago, que alimentó la codicia desde la época de los conquistadores hasta el siglo diecinueve. Tampoco es casual que su próximo destino de viajero sea “Puerto Deseado”. Entre el orden fabuloso de la utopía, donde los edificios son palacios con techos de plata, las puertas están revestidas en oro, los habitantes son blancos y no hay enfermedades; y las anomalías y extravagancias del padre Palacios, no desmentidas por Chatwin, que remueven y desordenan el piso del conocimiento, se establecen entrecruzamientos múltiples.

Pero hay otros mundos posibles esperando ser enunciados, yaciendo silenciosamente sobre la llanura. Perdidas entre los mitos de fundación de la ciencia de Ameghino o las fantasías pseudo-científicas del padre Palacios, se encuentran otro tipo de leyendas, las que cubren por ejemplo los muros del colegio salesiano donde divaga el padre Palacios, repleto de puños pintados de rojo y consignas de frentes proletarios, o la pintada “Perón-Gorila” sobre la pared de un puesto policial abandonado, o la fotografía de un muchacho de clase media colgando en la boletería de una estación de tren, buscado por haber asesinado a un ejecutivo de la Fiat. En serie con las pinturas rupestres, son leyendas que emergen del presente de una sociedad profundamente estratificada, atravesada por antagonismos sociales y luchas políticas y sindicales: huellas frescas que la guerrilla revolucionaria y las reivindicaciones históricas del proletariado (reforma agraria, expropiación de latifundios, justicia popular, redistribución de la riqueza, etc.) imprimen en el presente. Tal vez sea ésta la otra fuerza que, discontinua y fragmentaria, Chatwin encuentra trabajando en lo real—el gran relato de emancipación que, como una falla geológica, recorre todo *Patagonia*, apareciendo y desapareciendo a lo largo de la historia.

Chatwin se encuentra con restos en todos lados: se trata de excavar en el sitio correcto y decidir en qué estrato de la experiencia ubicar el hallazgo. De camino a Esquel, en un vagón de segunda clase, le toca observar un fragmento de experiencia en el que puede leerse “la historia de América del Sur en miniatura” (74). Completamente ebrio, un araucano insulta con vehemencia a un par de andinistas porteños que viajan a la

montaña, hasta que uno de ellos se harta y, a los gritos, le ordena al indio que volviera a su asiento: sumiso, el indio baja la cabeza y vuelve a sentarse entre los suyos, que miraban sin intervenir. ¿Qué acaba de pasar? Irónico y feroz, Chatwin encuentra en la escala mínima de la anécdota otra revolución perdida que se repite—una larga tradición de derrotas donde se igualan el desalojo de los indígenas de sus tierras por parte de los colonos blancos, las matanzas de fines del siglo diecinueve, la brutal represión de peones que puso fin a la huelga de los años veinte, el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende. Pero hay otra dimensión de la repetición, donde lo que se repite no es el pasado tal como fue, condenado al museo de las revoluciones perdidas y las utopías incumplidas. Son restos utópicos, residuos de una promesa incumplida o de un deseo insatisfecho que insiste más allá de lo fallido de su actualización. Es tan importante el resultado de la anécdota—la ineficacia del insulto gratuito, la violencia separada de toda acción colectiva, la humillación frente a la autoridad—como el impulso afirmativo que late en ella, el devenir revolucionario como reserva de sentidos no actualizados emergiendo del subsuelo de la experiencia.

Bibliografía

- Azara, Félix de. *Viajes por la América Meridional*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1998.
- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*. Trans. Daniel Heller-Roazen. Stanford: Stanford UP, 1998.
- Ameghino, Florentino. *Breve antología*. Tomás Alva Negri (ed.). Buenos Aires: Ministerio de Relaciones Exteriores y Cultura, 1965.
- . "El hombre cuaternario en la Pampa". En *Obras completas y correspondencia científica de Florentino Ameghino*, Vol.II, *Primeros trabajos científicos* Torcelli, Alfredo J. (Ed.). La Plata: Taller de impresiones oficiales, 1915.,
- Andermann, Jens. *Mapas de poder*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.
- Collot, Michel. "De l'horizon du paysage à l'horizon des poètes". *L'horizon fabuleux*. Paris: J.Corti, 1988.
- Chatwin, Bruce. *Patagonia*. Trad. de Lucrecia Moreno de Sáenz. Bogotá: Norma, 1996.
- Darwin, Charles, *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío de S.M., "Beagle"*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1997.
- Foucault, Michel. *Genealogía del racismo*. Madrid: La Piqueta, 1992.
- . "Crise de la médecine ou crise de l'antimédecine?" *Dits et Écrits II 1976-1988*. Paris: Gallimard, 2001.
- Head, Francis Bond. *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*. Ed. y trad. Patricio Fontana y Claudia Román. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2007.
- Hobsbawn, Eric. *La era de la revolución, 1789-1848*. Trad. Felipe Ximénez de Sandoval. Buenos Aires: Grijalbo Mondadori, 1997.
- . *La era del capital, 1848-1875*. Trad. Felipe Ximénez de Sandoval. Buenos Aires: Grijalbo Mondadori, 1998.
- Humboldt, Alexander. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. 5 vols. Trad. de Lisandro Alvarado. Caracas: Biblioteca venezolana de cultura, 1941.
- . *Cuadros de la naturaleza*. Trad. de Javier Núñez de Prado. Barcelona: Iberia, 1961.
- Livon-Grosman, Ernesto. *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2003.
- Liotard, Jean-François. "After the sublime: the State of Aesthetics." In David Carroll (ed). *The States of 'Theory': History, Art, and Critical Discourse*.

- Irvine Studies in the Humanities. New York: Columbia UP, 1990.
- Mitchell, W.J.T. "Imperial Landscape". In *Landscape and Power*. Ed. Mitchell, W.J.T. Chicago: Chicago UP, 2002.
- Montaldo, Graciela. *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1999.
- Moreno, Francisco P. *Viaje a la Patagonia Austral. 1876-1877*. Buenos Aires: Solar/Hachette, 1969.
- Musters, George Chaworth. *At Home with the Patagonians*. New York: Greenwood, 1969.
- Nouzeilles, Gabriela. "Patagonia as Borderland: Nature, Culture, and the Idea of the State." *Journal of Latin American Cultural Studies*, Vol. 8, Nro. 1 (1999): 35-48.
- Orbigny, Alcide de. *Voyage pittoresque dans les deux Amériques*. Paris, 1836.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge, 1992. [*Ojos imperiales*. Traducción de Ofelia Castillo. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997].
- Rancière, Jacques. *Politique de la littérature*. Paris: Galilée, 2007.
- Richards, Thomas, *The Imperial Archive: Knowledge and the Fantasy of Empire*. London; New York: Verso, 1993.
- Ronai, Michel. "Paysages." *Herodote* vol I (Enero 1976): 125-59.
- Rosas, Juan Manuel de. *Diario de la expedición al desierto (1833-1834)*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1965.
- Silvestri, Graciela y Fernando Aliata. *El paisaje en el arte y las ciencias humanas*. CEAL: Buenos Aires, 1994.